

Un Océano de Sabiduría y Amor

1. El domingo pasado al celebrar la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, recordábamos que el viento impetuoso y el fuego purificador del Señor transformaron a la Iglesia y a cada uno de sus miembros. También a cada uno de nosotros. Con sus dones, el Espíritu Santo Consolador, fue capaz de elevar nuestro entendimiento a la relativa comprensión que es posible en este mundo, de los grandes misterios de nuestra fe.

Hoy, una semana después, estamos en condiciones de acercarnos, con una nueva luz, a la más grande y profunda verdad, a la más sorprendente y admirable de las revelaciones divinas: *la Santísima Trinidad*. El Dios en quien nosotros creemos, y a quien amamos por encima de todas las cosas, no es un ser lejano y solitario, sino una maravillosa familia. Es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Se trata de una verdad que está por encima de nuestra capacidad intelectual. Nosotros nunca nos habiéramos atrevido siquiera a imaginarla. Pero nos fue comunicada, como un precioso don, por parte de Jesucristo. De hecho es la nota distintiva de la fe cristiana. Tanto los católicos como los judíos o los musulmanes creemos en el mismo Dios. Pero, a diferencia de ellos, con la ayuda de Cristo, hemos alcanzado una mayor profundización del misterio. Nosotros sabemos que la unidad de Dios no es monolítica, sino que en ella hay comunión de Personas, una verdadera familia.

2. Jesucristo se sabe, en todo momento, Hijo del Padre, e igual al Padre. *El Padre y yo somos uno*¹, repite con frecuencia. Pero, además, no deja de recordar que hay un tercer personaje, el Espíritu Santo, que Él y el Padre habrían de enviar, y cuya misión sería conducir a la Iglesia a la plenitud de la Verdad y del Amor.

Entre las diversas formas de aproximarnos a este insondable misterio, tal vez nos pueda servir recordar la deslumbrante afirmación de san Juan en su primera epístola: *Dios es amor*². En su ser más íntimo, nuestro Dios es una permanente interrelación de amor: una Persona que ama, el Padre; otra que es amada, el Hijo; y un intensísimo amor recíproco entre ambos, que es una tercera Persona, el Espíritu Santo.

En este tema, como en tantos otros, la Iglesia tiene una impagable deuda con el gran genio del norte de África que fue san Agustín. Durante veinte largos e intensos años, este magnífico doctor reflexionó sobre el misterio de la vida íntima de Dios, para luego plasmar sus conclusiones en su célebre obra *De Trinitate* (Sobre la Trinidad).

Como comenta Mons. Barron³, en el capítulo noveno de este tratado, Agustín nos ofrece una brillante analogía. Según él, en toda la creación visible, no hay mejor reflejo de

¹ *Juan* 10, 30.

² *1 Juan* 4, 8.

³ R. BARRON, *Catholicismo*.

la Trinidad que el propio hombre, pues no es casualidad que en el *Génesis* se diga del ser humano que es *imagen y semejanza de Dios*. Mirando hacia dentro de nosotros mismos, encontramos un espejo de Dios trino.

En efecto, el hombre es capaz de pensar y amar, hay en él intelecto y voluntad, potencias que son un reflejo de la mente y la voluntad de Dios. Así como el hombre al pensar engendra conceptos, el intelecto divino, desde toda la eternidad, engendra una perfecta imagen de sí mismo, *el Logos* o Palabra, que es precisamente el Hijo. Quien al reflejar de modo admirable la grandeza y perfección divinas, no puede menos que ser amado intensamente por su Padre. A su vez, el Hijo, objeto del amor del Padre, devuelve con toda la fuerza de su Ser, un amor semejante a su Padre Celestial. De tal forma que se da una recíproca e infinita corriente de amor del Padre al Hijo y del Hijo al Padre, de la que surge como una tercera realidad, el Amor mismo subsistente que es el Espíritu Santo. Repetimos: una Persona que ama, el Padre; otra que es amada y que ama, el Hijo; y una tercera que es el Amor mismo hecho Persona, el Espíritu Santo.

3. Al Padre se atribuye la Creación, al Hijo la Redención, porque fue Él quien se encarnó para salvarnos; y al Espíritu Santo, la santificación. Y a todos nosotros se nos invita a sumergirnos en ese inagotable océano de sabiduría y de amor que es la Trinidad y a difundirlo por todo el mundo: *Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*⁴.

Recuerdo que cuando estaba preparando mi tesis de licenciatura en Derecho en la Universidad Panamericana, investigando sobre la historia de las limitaciones jurídicas al poder estatal, me encontré con un tratado clásico: *Del rey y de la institución real* del padre jesuita Juan de Mariana. Entre otras consideraciones, este autor del siglo XVI, recomendaba que el príncipe cristiano estudiara astronomía. Así, insistía, acostumbrado a mirar la grandeza del universo, quien luego ha de colocarse por encima de todos al gobernar, no olvidará su propia pequeñez y ejercerá el poder con sabiduría y moderación.

Pues algo semejante debería ocurrirnos a nosotros. Elevar la mirada con frecuencia a lo más alto y hermoso de nuestra fe, al misterio trinitario, para no perder de vista nuestra limitación personal y la fugacidad de nuestra vida. De modo que permanentemente estemos iluminados por esta gran Verdad y nos sintamos impulsados a difundirla por todas partes. Algo así proponía san Josemaría en un punto de Forja:

***-¡Dios es mi Padre! –Si lo meditas no saldrás de esta consoladora consideración.
-¡Jesús es mi Amigo entrañable! (otro Mediterráneo), que me quiere con toda la divina locura de su Corazón.
-¡El Espíritu Santo es mi Consolador!, que me guía en el andar de todo mi camino.
Piénsalo bien. –Tú eres de Dios..., y Dios es tuyo***⁵.

⁴ Evangelio, *Mateo* 28, 18-20.

⁵ SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 2.

4. Acudamos a María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa de Dios Espíritu Santo, para que nos sostenga tanto en la contemplación personal de este gran misterio como en el empeño por su difusión entre nuestros amigos y conocidos. No lo dudemos, es la meta más alta y hermosa que se puede tener en la vida.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 26 de mayo de 2018.